

# El milagro económico de China: un dragón que despierta

**Pablo Bustelo**

Profesor Titular de Economía Aplicada  
Director del Grupo de Estudios Económicos de Asia Oriental (GEEAO)  
Universidad Complutense de Madrid  
E-mail: [bustelop@ccee.ucm.es](mailto:bustelop@ccee.ucm.es)  
URL: <http://www.ucm.es/info/eid/geeao.htm>

*Enero de 2002*

[Artículo publicado en *Muy Especial*, nº 57, primavera de 2002]

Cuando los historiadores del futuro revisen los acontecimientos principales de finales del siglo XX, destacarán sin duda uno de enorme importancia: los impresionantes resultados de la reforma económica en la República Popular China.

## *Resultados de la reforma económica*

La economía de China ha progresado de manera espectacular en los últimos veinte años. Ese progreso se ha manifestado en un crecimiento muy elevado, en una notable transformación estructural y en una mejora considerable del nivel y de la calidad de vida de la población.

Con una tasa de crecimiento anual medio de casi 10%, el producto interior bruto (PIB) se ha multiplicado por más de seis entre 1980 y 2000. Aunque el número total de habitantes ha pasado de 981 millones de personas en 1980 a 1.275 millones en 2000, esto es, un aumento de casi 300 millones, la tasa anual media de crecimiento de la población ha sido pequeña, como resultado de una controvertida pero eficaz política de control de la natalidad. Baste comparar el aumento de la población en China con el de la India, el otro gigante demográfico del Tercer Mundo. Entre 1975 y 1999, la tasa anual media de

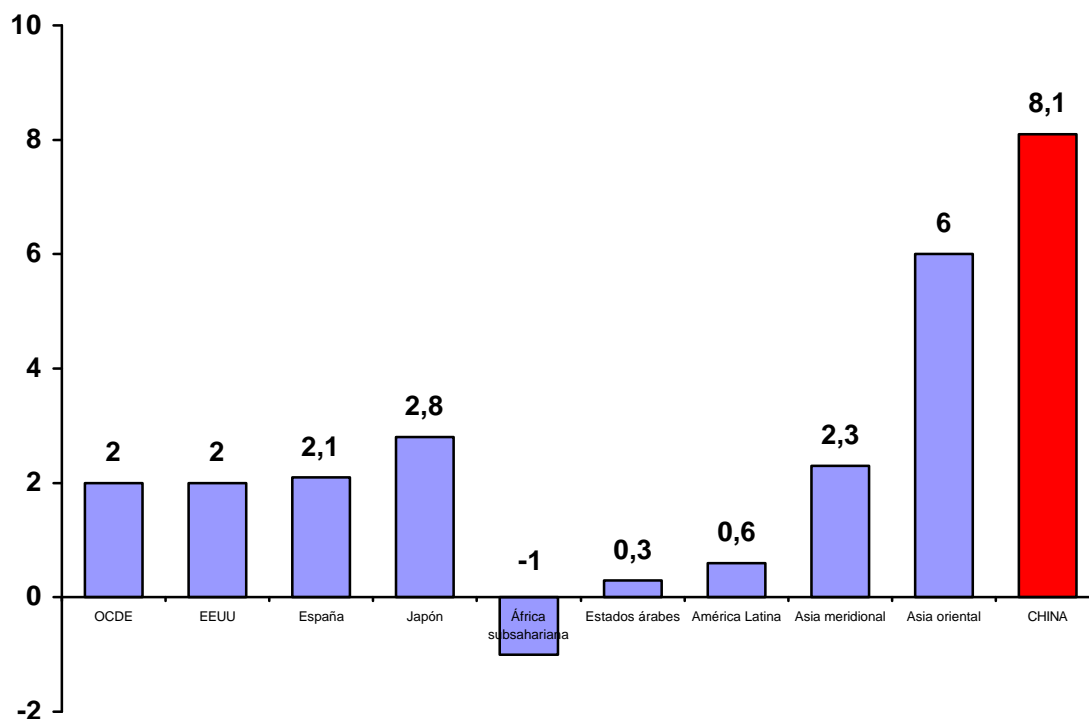
crecimiento de la población fue de 2% en la India y de 1,3% en China. De hecho, en términos absolutos la población de la India creció más que la de China (372 y 337 millones, respectivamente) pese a la importante diferencia de población en 1975 (621 y 928 millones).

Puesto que el aumento de la población ha sido moderado, la renta per cápita se ha cuadruplicado entre 1980 y 2000. Como puede verse en el gráfico A, en 1975-99 el PIB por habitante ha crecido tres veces más rápido que el del Japón, cuatro veces más rápido que el del conjunto de los países desarrollados y nada menos que casi catorce veces más rápido que el de América Latina.

Si se comparan esas cifras con las de la etapa anterior a la reforma, esto es, el llamado *periodo maoísta*, se observa que el crecimiento del PIB ha aumentado mucho (de 5,8% al año en 1949-78 a 9,8% en 1978-2000). Puesto que, además, el aumento de la población se ha desacelerado, el PIB per cápita tuvo un crecimiento anual medio de 3,7% en 1949-78 y de 8,5% en 1978-2000.

Con un tamaño de algo más de un billón de dólares, la economía china se ha aupado al séptimo lugar mundial. Pero si se mide el PIB en paridad de poder adquisitivo (esto es, teniendo en cuenta la diferencia en el poder de compra de un dólar), la economía china es ya la segunda del planeta, sólo detrás de la de Estados Unidos.

**Gráfico A. Evolución del Producto Interior Bruto (PIB) por habitante, 1975-1999 (tasa de crecimiento anual medio, en porcentaje)**



Fuente: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre desarrollo humano 2001*, PNUD.

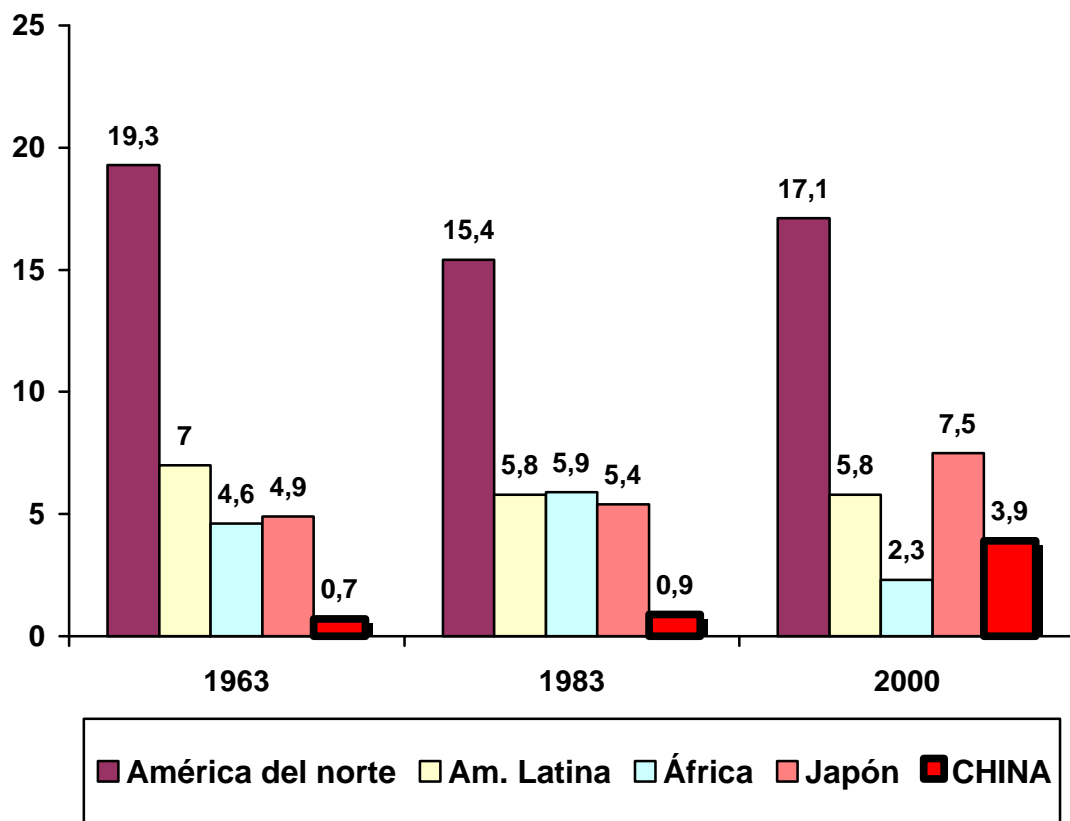
El PIB per cápita, medido en paridad de poder adquisitivo, equivalía a 5% del PIB per cápita de la media de los países desarrollados en 1980. Veinte años más tarde, esa proporción había subido a 18%. A efectos de comparación, las cifras correspondientes al conjunto del Tercer Mundo fueron 13% en 1980 y 16% en 1999. En otras palabras, mientras que apenas hay convergencia de rentas en la economía mundial, en el caso de China sí se ha dado – y de qué manera – dicha convergencia.

Además, la economía ha registrado un impresionante cambio estructural durante esos veinte años. La agricultura suponía un tercio del PIB en 1980: esa proporción bajó a 17% en 2000. El sector empresarial estatal se ha reducido mucho en términos relativos, en beneficio de las empresas cooperativas y

privadas. Ha aumentado el peso de la industria de bienes de consumo, en detrimento de la industria pesada que predominaba durante el periodo maoísta.

Las exportaciones se han multiplicado por catorce, alcanzando en 2000 casi 250.000 millones de dólares (las de España ascendieron ese año a 114.000 millones). Como se observa en el gráfico B, la cuota de China en las exportaciones mundiales ha pasado de 1% en 1980 a casi 4% en 2000. Las exportaciones de manufacturas suponían menos de la mitad de las exportaciones totales en 1980. Veinte años más tarde, esa proporción había aumentado al 85%.

**Gráfico B. Peso relativo en las exportaciones mundiales de mercancías, 1967, 1980 y 2000**



Fuente: Organización Mundial de Comercio, *International Trade Statistics 2001*, OMC.

La inversión directa extranjera, que rondaba apenas 1.000 millones de dólares anuales a principios de los años ochenta, alcanzó un máximo de 45.000 millones en 1998 y ha bajado ligeramente (hasta 40.000 millones) en 2000, si bien todo hace pensar que esa inversión aumentará mucho en los próximos años, como consecuencia del reciente ingreso (diciembre de 2001) de China en la Organización Mundial de Comercio (OMC). A mediados de los años noventa, China recibía un tercio de la inversión extranjera mundial y la mitad de la inversión dirigida a países del Tercer Mundo. Incluso hoy en día, el país es el segundo receptor mundial de esa inversión, sólo superado por Estados Unidos.

Por añadidura y sobre todo, el nivel y la calidad de vida de la población han mejorado sustancialmente. Pese a que resulta difícil cuantificar el bienestar de las personas, algunos indicadores sintéticos son los siguientes: (1) la esperanza de vida al nacer, o promedio de años que una persona puede esperar vivir si se mantienen las tasas prevalecientes de mortalidad por edades; (2) la tasa de mortalidad infantil, o número de niños muertos antes de cumplir un año respecto del número total de nacidos vivos durante el año indicado (en tantos por mil) ; (3) la tasa de alfabetización de adultos, es decir, la proporción de la población adulta que puede leer y escribir, con la debida comprensión, un relato sencillo sobre su vida cotidiana; y (4) la matrícula combinada en la enseñanza primaria, secundaria y terciaria, esto es, la proporción de los niños y jóvenes de la franja de edad de 6 a 23 años que está matriculada en esa enseñanza.

En China, la esperanza de vida al nacer ha pasado de 66 años en 1980 a 71 años en 2000. La tasa de mortalidad infantil ha caído de 42 por mil a 33 por mil. La tasa de alfabetización de adultos, que era de apenas 69% en 1980, alcanzó 83,5% en 2000. En 1970, sólo la mitad de los niños y jóvenes estaba matriculada en la enseñanza primaria, secundaria y terciaria: en 2000, esa proporción había aumentado hasta 73%. Y, lo que es aún más notable, China ha conseguido reducir espectacularmente la pobreza: según las estadísticas oficiales (muy controvertidas), el número de personas pobres habría pasado de 270 millones en 1978 (28% de la población total) a 42 millones (apenas 3%) en

1999, esto es, una reducción absoluta equivalente a la población total de Estados Unidos.

Un progreso, por tanto, impresionante y que carece que precedente histórico alguno y de cualquier parangón internacional. No obstante, esos resultados positivos quedan parcialmente empañados por algunos inconvenientes: empeoramiento de los desequilibrios territoriales, al concentrarse la prosperidad sobre todo en las regiones costeras; fuerte inflación en 1988-89 y de nuevo en 1992-95; aumento de la desigualdad desde finales de los años ochenta; cierto recrudecimiento de la pobreza en los últimos años; y, sobre todo, importante deterioro del medio ambiente, que se ha manifestado en una mayor incidencia de la deforestación, la contaminación del aire y del agua, la lluvia ácida, la erosión del suelo y la emisión de gases de invernadero.

Con todo, parece justo concluir que el balance es globalmente positivo. Las ventajas han superado ampliamente a los inconvenientes y la economía y la sociedad chinas se han beneficiado enormemente de la reforma.

*¿Por qué ha tenido éxito la reforma?*

Para explicar por qué la transición desde la planificación central a la economía de mercado ha tenido éxito en China mientras que se ha enfrentado a grandes dificultades en otras zonas (como la antigua Unión Soviética y los países de Europa central y oriental), hay que recurrir a dos grandes argumentos.

El primero es que las condiciones de partida de la reforma a finales de los años setenta fueron bastante favorables. China disfrutaba entonces de estabilidad macroeconómica (no tenía, por ejemplo, hiperinflación ni una excesiva deuda externa), por lo que no tuvo que aplicar la estabilización radical (y causante de recesión) tan común en otras economías en transición. Además, los inconvenientes del modelo soviético de planificación central eran menos pronunciados en China: la mayor parte de la población trabajaba en el campo;

la industria pesada era menos omnipresente; el plan central era menos rígido; el número relativo de empresas era mayor, etc.. Por añadidura, a finales de los años setenta China tenía un comercio exterior ya orientado hacia economías de mercado, por lo que el derrumbe de las economías de la órbita soviética y de su bloque comercial (el COMECON o CAME) no le afectó como a Rusia, las otras repúblicas ex-soviéticas y los países de Europa central y oriental. Finalmente, China tenía una privilegiada posición geográfica, al encontrarse en pleno corazón del llamado *milagro* asiático, cerca de Japón y los *pequeños dragones* y en situación de poder sacar provecho de la pujanza económica de los *chinos de ultramar* de Hong Kong, Taiwan y los países del sudeste asiático.

El segundo argumento se refiere al carácter experimentador y gradualista de la estrategia de reforma económica, que ha permitido evitar los desequilibrios inherentes a las opciones, más radicales, de otros países en transición. Los cambios se experimentaron en principio a pequeña escala y, sólo cuando se comprobó que tenían efectos positivos, fueron extendidos a áreas geográficas más amplias o a otros sectores económicos. Por ejemplo, la reforma se inició en la agricultura (1979-84) y únicamente se extendió a la industria desde mediados de los años ochenta. Otro ejemplo es la creación en 1980 de las Zonas Económicas Especiales del sur del país (en las provincias de Guangdong y Fujian), cuyo éxito propició la apertura de toda la región costera a finales de los años ochenta.

En cuanto al gradualismo, China optó por una liberalización incremental de los precios (en lugar de aplicarla de golpe, como Rusia en 1992). Rehusó privatizar masivamente las empresas estatales, a diferencia igualmente de Rusia. Redujo progresivamente las restricciones a las importaciones. Depreció gradualmente su moneda. Abrió lentamente la economía a las inversiones extranjeras. Esa estrategia, que los chinos definen con la frase *cruzar el río sintiendo las piedras bajo los pies*, ha demostrado ser mucho más eficaz que los cambios repentinos y bruscos que se han aplicado en otras economías en transición.

## *La economía china a principios del siglo XXI*

Después de sortear con eficacia las crisis asiáticas que tanto afectaron a sus vecinos (Tailandia, Malasia, Indonesia, Filipinas y Corea del Sur), China se adentró en el siglo XXI con buen pie.

En 2001 la economía creció 7,3%, pese a la fuerte desaceleración del crecimiento mundial. El gobierno ha aumentado mucho el gasto público en infraestructuras (carreteras, presas, distribución de electricidad), principalmente en las regiones interiores. Además, China no es tan vulnerable como la de algunos de sus vecinos a la adversa coyuntura internacional, que ha afectado mucho a otros países asiáticos muy dependientes de los mercados de Estados Unidos y Japón y de las exportaciones de productos electrónicos. China exporta relativamente poco a Estados Unidos y a Japón y no está tan especializada en artículos electrónicos y, sobre todo, en componentes electrónicos, sector en el que el mercado internacional se derrumbó en 2001.

La inflación es escasa (de hecho hubo caída de los precios en 1998-99 y el alza posterior ha sido moderada), el déficit presupuestario es pequeño y se puede financiar sin problemas recurriendo al impresionante ahorro interior, el saldo externo es positivo y la deuda con el exterior es perfectamente manejable.

Además, a finales de 2001 China ingresó por fin (después de una espera de 15 años) en la OMC. Esa adhesión puede provocar algunos problemas a corto plazo, pero será beneficiosa a medio y largo plazo. Seguramente aumentarán mucho las exportaciones, por la reducción de restricciones en los mercados exteriores, así como la inversión extranjera en sectores hasta ahora parcial o totalmente cerrados. Algunas estimaciones prevén que, gracias a la entrada en la OMC, la cuota de China en las exportaciones mundiales pasará de 3,9% en 2000 a 6,8% en 2005 y será muy notable en prendas de vestir, productos textiles y artículos electrónicos.



## *Desafíos y perspectivas*

Pese a una evolución envidiable en los últimos veinte años y a una situación actual de crecimiento elevado y de estabilidad macroeconómica, la economía de China tiene problemas serios en varios sectores.

Uno de esos sectores es el financiero. Como los grandes bancos son estatales, tienen que suministrar préstamos a empresas públicas ineficientes y que operan, a menudo, con pérdidas. Así, el sector financiero tiene una alta proporción de préstamos de dudoso cobro (del orden de 25 o 30%). Se impone por tanto un esfuerzo de saneamiento financiero.

Otro problema está relacionado con la creación de un sistema moderno de seguridad social. Tradicionalmente, las empresas estatales han sido responsables de dar cobertura social a sus empleados (véase el recuadro). Pero, como esas empresas tienen dificultades financieras y puesto que el gobierno desea ampliar los beneficios sociales a toda la población (y no mantenerlos sólo para los trabajadores de esas empresas), un reto importante es el de traspasar esa responsabilidad desde las empresas a los gobiernos provinciales y municipales, aumentando además los fondos públicos destinados a atención médica, seguro de desempleo y pensiones.

Un tercer sector que es necesario reformar es el de las empresas estatales. Muchas de ellas son ineficientes y tienen pérdidas. Como tienen deudas elevadas con los bancos, los problemas del sector público empresarial se trasladan al sector financiero. La racionalización, la mejora técnica y la diversificación de la propiedad de esas empresas deben continuar e incluso acelerarse.

En cuarto lugar, el desempleo empieza a ser un grave problema social, especialmente en las grandes ciudades. Aunque la tasa oficial de desempleo (que sólo refleja el número de parados que se han registrado) asciende a

apenas 3%, algunas estimaciones la sitúan en 7 o 10%. Las causas del aumento del desempleo urbano son los despidos en las empresas estatales y la enorme migración desde el campo. Una de las razones por las que China debe mantener un crecimiento del PIB superior al 7% es que será necesario crear al menos 100 millones de puestos de trabajo en los próximos diez años.

Finalmente, la pobreza empieza a afectar de nuevo a la población urbana, en buena medida por el crecimiento del desempleo. Se cree que al menos 14% de la población total de las grandes ciudades subsiste hoy con unos ingresos diarios inferiores a 2,5 dólares.

Todos esos desafíos deben enfocarse de manera adecuada para no poner en peligro los resultados económicos y sociales de la reforma económica.

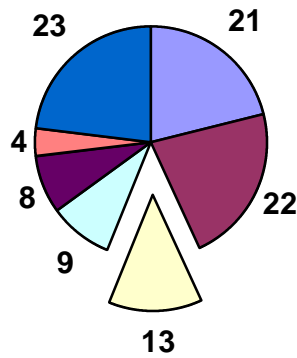
Además, hay otras dos cuestiones que China deberá resolver en los próximos años. La primera es la degradación medioambiental. La industrialización acelerada de los últimos dos decenios no puede proseguir del mismo modo sin poner en peligro los equilibrios ecológicos del país y, dado el tamaño económico y demográfico de China, también los del conjunto del planeta. La otra cuestión, claro está, es la de la modernización política. Es más que probable que el aumento del nivel de vida propicie un cambio político en dirección de un régimen de libertades públicas, como ha ocurrido en muchos países, incluidos varios de Asia oriental, como Taiwan, Corea del Sur o Tailandia. También cabe esperar que la pertenencia a la OMC, al exponer ya plenamente a la sociedad china a las corrientes económicas y culturales mundiales, facilite esa transición. Sin embargo, la democratización de China será seguramente lenta y gradual, por la sencilla razón de que la población está por el momento interesada sobre todo en la prosperidad material individual, lo que el régimen actual parece haber garantizado hasta la fecha.

Con todo, si China sigue creciendo en los próximos dos decenios al ritmo de los cuatro últimos lustros, se convertirá en la primera economía del mundo hacia

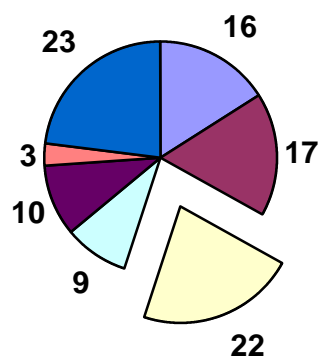
2020, año en el que habrá cuadruplicado su PIB de 2000. Un estudio de prospectiva sugiere que hacia 2030 el peso relativo de China en el producto bruto mundial (en paridad de poder adquisitivo) podría duplicar con creces al del América del Norte (Estados Unidos y Canadá) y al de Europa occidental (véase el gráfico C).

**Gráfico C. La economía mundial en 1995, 2010 y 2030 (porcentajes en el producto bruto mundial, medido en paridad de poder adquisitivo)**

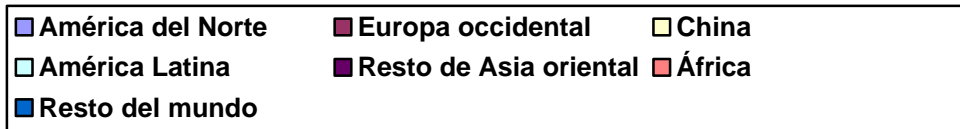
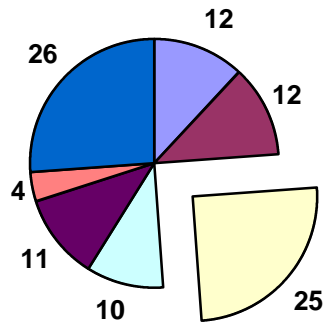
**1995**



**2010**



2030



Fuente: CEPII, "Une image de l'économie mondiale à l'horizon 2030", *La Lettre du CEPII*, n° 148, julio de 1996.

Si miramos aún más lejos, un objetivo estratégico del gobierno es que hacia 2050, cuando se cumpla el centenario de la fundación de la República Popular China, la renta per cápita del país será equivalente a la actual de Estados Unidos. En otras palabras, China será entonces un país plenamente desarrollado.

### Las empresas estatales chinas

China tiene más de 100.000 empresas estatales (EE). Son responsables hoy de 30% de la producción industrial (80% hace veinte años) y de la mitad del empleo urbano y de la inversión total. Reciben dos terceras partes de los préstamos bancarios y sus transferencias al Estado representan 70% de los ingresos públicos.

Los problemas principales de las EE son la ineficiencia y la baja rentabilidad. Al menos un tercio opera con pérdidas. Las razones son por lo general, las siguientes: mala gestión, número excesivo de empleados, productos y técnicas obsoletos, deuda elevada, altos impuestos y, sobre todo, responsabilidades sociales excesivas. Una EE típica no sólo ofrece trabajo vitalicio a sus empleados sino que además les proporciona beneficios sociales *de la cuna a la tumba*: atención sanitaria, alojamiento, guardería, enseñanza, pensiones, seguro de enfermedad y hasta subsidio de desempleo.

El gobierno lleva años intentando reestructurar las EE. Ha descartado hacer una privatización masiva, en parte porque ha optado por la *economía socialista de mercado*, en la que el sector público empresarial debe tener un peso importante, y en parte por los malos resultados de la venta indiscriminada de empresas públicas en otras economías en transición. Sin embargo, las EE drenan importantes recursos públicos y dificultan la reforma financiera.

Así, en los últimos años el gobierno ha permitido la privatización total de las pequeñas EE y ha fomentado las fusiones, el progreso técnico y la entrada minoritaria de capital privado en las medianas y grandes EE. El resultado ha sido un despido muy importante de trabajadores, que ha afectado a más de 15 millones de empleados. Esos trabajadores despedidos (*xingiang*) no sólo engrosan las cifras de paro sino que se quedan muchas veces sin la seguridad social que tenían.

Descartadas las opciones extremas (dejar todo como está o privatizar todas las empresas), el gobierno se enfrenta con un problema de difícil solución. Debe reformar las EE, porque de otro modo no habrá manera de sanear las cuentas públicas y de acometer el saneamiento financiero. Pero no puede permitir que esa reforma se haga despidiendo masivamente trabajadores, al menos hasta que el sector privado sea capaz de contratar a mucha más gente y hasta que se cree un sistema amplio de seguridad social. Mientras eso no ocurra, los riesgos de descontento e incluso de protesta social son demasiado altos.